

## En su búsqueda

Volvió a abofetearla, con un proyectil de saliva y sangre saliendo de sus labios, ya amoratados y deformes. Su polera estaba ensangrentada ahí donde la habían levantado para enterrarle los punzones, poco peligrosos, pero enormemente dolorosos. Los brazos ya estaban acalambrados por todas las horas que llevaba amarrada y tensa.

- Dime sus nombres. Con solo tres que no tengamos ya, te dejaremos ir.
- Prefiero morir mártir que transgredir los derechos a la vida, la libertad y la propiedad sobre si mismos de mis compañeros. - respondió con la voz húmeda y gangosa, masticando con sorna cada palabra. - Mis amigos. – agregó, de manera más sensible.
- Veremos si dices lo mismo cuando veas el reflejo de tu cara en la de tus padres.
- No los metas a ellos en esto. Soy yo la única de mi familia que ha peleado contra ustedes desde antes que se levantaran. Que veía el cáncer que representan y ahora vivo la enfermedad en carne propia.
- Ahórrate las palabras de premio nobel, Javiera. No hay cámaras grabándote y morirás aún más anónima de lo que naciste.
- ¿Estás seguro? Quizás estás aún más vigilado que yo por ustedes antes de que me trajeran. Quizás mi voz atraviesa estás paredes. O quizás, incluso, serás tú mismo quien ayude a contar mi historia en unos años cuando veas la luz, si es que sobrevives a tu propia guerra.

Al siguiente golpe, el impulso derrumbó la silla hacia la derecha, estrellando su cabeza contra el suelo, inconsciente. La brutalidad de su opresor, por primera vez en 15 horas le había hecho un favor, un descanso. Soñó con el país donde había conocido la libertad, y a medida que empezaba su defensa, veía como la iban carcomiendo. Sin embargo, nunca pensó que esos apolillones iniciales terminarían en la batalla sangüinaria, sin límites morales, en la cual estaba inmersa ahora. Soñó las caras de sus amigos y la de su único gran amor, el culpable que entrase a la batalla de las ideas que ahora amenazaban con costarle la vida. Soñó sus manos, su voz, su piel, su pasión derramada en secreto, la manera de ella de amarlo fervientemente a él. Sintió alivio por primera vez de que nunca hubiesen hecho pública su relación, sino, de seguro él estaría a su lado en ese momento, y por primera vez también, agradeció que no fuese así. ¿Dónde estaría él ahora? Aunque no fuese tan justo, ojalá hubiera podido huir a Argentina, a Europa, a donde fuera y refugiarse. Aunque significara que la había dejado atrás a ella y a tantos otros, al menos estaría a salvo. Al menos él podría contar su historia. Todo acabaría algún día y él volvería a su país a vivir nuevamente la libertad y los plátanos orientales, la cordillera y el mar, los rascacielos y los terremotos. Soñó su nombre y el nombre que quería para cada uno de los hijos que nunca tendría. Entonces la conciencia empezó a invadirla inundada de

miedo. No, NO, NO. Debía despertar, debía pensar en otra cosa. ¿Estaría diciendo su nombre en sueños? No podía, no debía.

A medida que fue recobrando la conciencia, sintió su cuerpo nuevamente sentado en la silla y junto con su respiración agitada, la de otra persona en la misma habitación. Abrió los ojos y vio a su hermana sentada frente a ella, con una venda que le cubría los ojos y oídos, amarrada con la ropa rasgada y un hilo de sangre seca manchando su frente. Se veía aturdida, pero no inconsciente. Antes que alcanzara a decir nada, la puerta se abrió. El oficial entró resuelto, con una sonrisa en los labios. Se agachó a su lado, poniendo su cara a escasos centímetros de la suya.

- Espero que hayas tenido tiempo suficiente para pensar en los nombres que nos vas a dar.

Como toda respuesta, ella escupió en su cara. Él se levantó, limpiándose antes de volver a plantarle un golpe en el rostro. Ante el estrépito, su hermana levantó la cabeza.

- Te diría que es una lástima, pero la verdad es que quería que me dieras la excusa para hacer esto.

El hombre comenzó a desabrochar su cinturón mientras miraba la escena horrorizada. Se acercó lentamente a la chica que ella había cuidado toda su vida, aunque se llevaran por pocos años. Cuando él puso la mano sobre la pierna desnuda de la joven, que se removió desesperadamente, Javiera no pudo tolerarlo más.

- ¡Alfredo y Fabián! Por favor, déjala tranquila- gritó como si las palabras fuesen ácido que corroyerá cada centímetro de sus entrañas. - Alfredo Casas y Fabián Ortúzar. - bajó la cabeza con dolor. Acababa de entregar a dos amigos que solo eran culpables de saber demasiado. Desde el golpe no sabía nada de ellos. Seguro ya los tendrían. Era probable que incluso ya los hubieran interrogado. Quizás ellos fueron quienes dieron su nombre, pero al menos mientras fueran a chequearlo, mantendría a ese simio lejos de ambas.
- Oh, ya sabía que recapacitarías, aunque esperaba alcanzar a divertirme un poco más. – La sonrisa morbosa que se dibujó en su cara le dio asco. Se inclinó para oler de manera obscena el cuello de su hermana, que aparentemente no lo notó y acto seguido, abandonó la estancia.
- Cateryn, caty.- no supo cuándo se había puesto a llorar y a medio susurro llamo a su hermana, que seguía aturdida, sin respuesta alguna- CATY!- le gritó.
- Javi, ¿eres tú? - dijo con una voz suave, pero a un volumen demasiado fuerte, mientras giraba su cabeza buscando la fuente del sonido. - No escucho muy bien. - miró a la derecha y pudo ver como debajo de la venda corría sangre de su oído izquierdo. Esos malditos podrían haberla matado. Y ahora estaba sorda, quizás para siempre.

Levantó lentamente el pie del suelo y acarició la pierna de su hermana lo más suave que pudo. Ella se sobresaltó al principio, pero luego se limitó a sonreír y asentir. Nunca habían necesitado palabras para entenderse.

No supo cuánto tiempo pasó exactamente, un par de horas quizás, antes de que la puerta volviera a abrirse. Solo que esta vez no era el oficial, sino un joven con uniforme de guerrillero, pelo crespo, cargando un fusil al hombro y un papel en la mano. Su cara era dolorosamente conocida. Habían sido mejores amigos en el colegio, antes de tener idea del mundo y sus colores. Él era un año mayor que ella y ambos se guardaron por años un cariño que llegaba incluso más allá de la amistad. El tiempo y los caminos de la vida los separaron cuando él egresó y a los años se reencontraron. Él, un militante del MIR, parte del centro de alumnos de ingeniería en Beauchef. Ella, descubriendo el liberalismo desde la política universitaria mientras se formaba como médico. Luego de acaloradas discusiones mezcladas con nostálgicos recuerdos, acordaron no dejar que nunca sus diferencias ideológicas destruyeran su amistad. Él lo aceptó con esa sonrisa cargada de sentimientos que solo guardaba para ella, dándole seguridad incluso cuando admitió que, para él, el asesinato era herramienta necesaria de la revolución. Promesa que Javiera asumió como viva cuando empezó la revuelta y no supo más de él.

Sin embargo, cuando lo vio, su pulso se aceleró descontroladamente, no sólo de emoción, sino también de miedo. Pánico. Ya no a morir, sino de hacerlo a manos de alguien a quien tanto había querido.

Él la miró a los ojos y, sonriéndole de esa manera tan especial, le guiñó un ojo. Javiera sintió como por primera vez desde que estaba ahí, su cuerpo se relajaba. José endureció nuevamente el rostro y se acercó a ella.

- Los nombres que diste confirmaron información que ya teníamos, sin embargo, desconocemos aún el paradero de los rebeldes. - dijo mientras le soltaba las amarras de las muñecas. - así que los líderes han decidido darte otra oportunidad. Debes rellenar esta declaración con toda la información que pueda ayudarnos a encontrarlos, a ellos y los demás miembros de tu movimiento. Si obtienen resultados con eso, las enviarán a ti y a tu hermana al reformatorio, donde las cuidarán bien. - levantó la vista, muy serio, añadiendo rápido y en un susurro. - sígueme la corriente, no reacciones a lo que te diga. - se levantó, manteniéndose de espaldas a la puerta. - por aquí por favor- dijo más fuerte, indicando la mesa que había en un rincón, donde dejó el papel que llevaba, un lápiz... y una cortapluma. - escúchame bien, acércate. Aparenta docilidad, por favor. Voy a sacarlas de aquí, pero necesito que hagas exactamente lo que te digo. Toma mi arma, y golpéame con ella en la cara, lo suficientemente fuerte como para dejar una marca. Tranquila, puedo soportarlo. Con la navaja, liberarás a la Caty y correrán a la puerta. Del

otro lado, a la derecha, dejé una mochila que recuperé con todas tus cosas. - mientras susurraba esto y las indicaciones del camino más seguro para salir, José se mantenía de pie, rígido a un lado de la mesa, con el fusil apoyado en el piso, sobre el que se cargaba con ambas manos. Javiera parpadeó lentamente como asentimiento. - sobrevive, por favor.

Lo que siguió a continuación, sucedió a una velocidad vertiginosa. De un manotazo, le arrebató el arma por el cañón, haciendo que perdiera el equilibrio. Con dolor, lo golpeó con la culata en la mandíbula, tan fuerte que cayó contra la pared. Corrió hacia su hermana con el arma en una mano y la cuchilla en la otra, le arrancó la venda, haciéndole un gesto para que guardara silencio con la cuchilla sobre los labios, e inmediatamente le cortó la cuerda que la amarraba. Guardó la navaja, la tomó fuerte de la mano y empezaron a correr.

En un solo acto, abrió la puerta, se agachó, paso arma y brazo por el arcial de la mochila y siguió avanzando por un pasillo corto. De la izquierda surgió el oficial, con la sorpresa en el rostro que se borró enseguida con el culetazo que le dio en la sien, sin detenerse, ni siquiera con el crujido del hueso con el golpe, o el estrépito de su cuerpo inconsciente contra el suelo. Giró al fondo a la izquierda, luego a la derecha y finalmente por un pasillo amplio y extenso hasta una puerta doble que daba a la calle, trancada por un fierro atravesado. En el camino se le cruzaron 3 soldados, el último vigilando la puerta. A los 3 pudo noquearlos como al primero, sin tener que disparar nunca, sin cobrar ninguna vida.

Con el último sujeto en el piso, su hermana removiò la tranca de la puerta y salieron a la calle. Javiera miró a su alrededor y antes de cerrar la puerta, arrojó el arma de su amigo al interior del edificio.

Caminaron tomadas de la mano, a paso veloz sin correr, atravesaron la calle y al llegar a la esquina, doblaron a la derecha. Estaban en pleno centro de Santiago. A dos cuadras vivía Bernardita, una abogada colombiana de bajo perfil que había sido novia de Marcos hasta antes del atentado. Quizás aún lo era. Cuando le perdió la pista a él, la relación peligraba por su conexión con la resistencia, que ella encontraba temeraria y arriesgada. No era la primera persona a la que le hubiera gustado recurrir, pero sabía que era seguro y estaba cerca. Nadie sospecharía que ese fuera su destino, solo esperaba que no le cerraran la puerta en la cara.

Pasaron algunos segundos antes de que se abriera la puerta, retenida por una cadena. Bernardita la miró atenta, escrutinadora. Como única respuesta le devolvió la mirada, suplicante, con su hermana medio escondida detrás de si. La puerta se cerró y alcanzó a sentir la decepción crecer antes de que se volviera a abrir sin la cadena. Entró en absoluto silencio a la sala de estar donde solo había estado una vez. En aquel entonces Marcos tomaba la mano de Berni, quien no sospechaba que esas mismas manos habían estado sobre todo su cuerpo solo unas horas antes. Con vergüenza, rogó que siguiera en la ignorancia.

- ¿Qué les ha pasado? ¿Fueron ellos? - al instante asumió que su pinta no debía ser nada buena, sintiendo de pronto el dolor intenso en el labio deformado.
- Si. - Javiera respondió secamente y se detuvo para mirarla con seriedad, preguntando con un gesto de manos si las podrían estar escuchando de alguna forma. Su anfitriona negó con la cabeza. - Un amigo dentro de la fuerza nos dejó escapar. Le debemos la vida.
- ¿Qué necesitan? ¿Quieren agua, comida? - su semblante se había ablandado y ahora les sonreía con compasión.
- Te lo agradezco, pero debemos irnos de inmediato. - miró de soslayo a su hermana, con arrepentimiento, puesto seguro no estaba entendiendo nada y seguro tenía hambre y sed.- yo necesito hacer una llamada, por mientras Caty podría comer o beber algo.- después de decirlo, le hizo gestos a su hermana como bebiendo agua y apuntó a la chica de pie delante de ellas. En respuesta se le humedecieron los ojos, no supo si por la impotencia de no poder oírlas, o por el alivio de satisfacer la necesidad que la abrumaba. Bernardita asintió y entró a la cocina, seguida de Caty.

Cuando se quedó sola en la estancia, rebuscó en la mochila hasta encontrar su celular. Lo prendió y agradeció que aún tuviera batería. Llamó su casa. *"Pá, escúchame. Estamos bien las dos, pero debemos irnos de aquí cuanto antes. Arreglen solo lo indispensable y nos vemos en Tobalaba con Colón en una hora."* Su padre era un hombre mayor. Le llevaba 15 años a su madre, que ya tenía 60 años. En parte por eso y en parte porque lo habían hablado con anterioridad, entendió no sin dolor la respuesta que recibió. *"Sabes que no podemos irnos. Las vemos en una hora ahí con sus maletas. Pueden llevarse el auto."* Enseguida le cortó. Su padre siempre había sido así de pragmático y era necesario ahora que las comunicaciones eran tan peligrosas. Habían hablado que el exilio para ellos no era una opción a sus años y que sería más fácil esconderse entre amigos y conocidos neutrales si llegaban a descubrirla. También sabían que una vez fuera del país, el gobierno perdía interés en la familia de los rebeldes. Se secó las lágrimas que habían empezado a correrle cuando acabó la llamada justo antes de que volvieran las otras de la cocina.

- Vamos. - dijo con un gesto de cabeza a la chica que venía aun mascando una hogaza de pan.
- He escuchado que tienes una hora para llegar. - intervino la chica. - Yo puedo llevarlas, pero por favor, come algo antes.

Ante esa súplica, sintió por primera vez el agujero que tenía donde solía estar su estómago, agravado por la culpa de recibir hospitalidad de a quien tanto daño le había hecho sin que lo supiera. La siguió a la cocina y tomó el agua y comió el pan como si fuesen caídos del cielo, la mismísima última cena. A los 15 minutos ya se sentía recompuesta, aunque hubiera sido muy poco en otro tiempo. Regalar una hogaza de pan a esas alturas, era sacrificar una comida entera y sus organismos se habían

acostumbrado a vivir con eso y menos. Al terminar, pasó al baño por recomendación de Bernardita para lavarse la cara y maquillar algo las heridas. A ambas les pasó un vestido limpio y su hermana se limpió la sangre seca de la cabeza. Cuando estuvieron listas, con la ropa rota y ensangrentada en la mochila, bajaron en silencio al estacionamiento y partieron en el auto. Estacionadas en la esquina acordada 5 minutos antes de la hora, agradeció por todo, abrió la puerta y como quien acaba de recordarlo, se volvió y preguntó

- ¿Has sabido algo de...? - no alcanzó a terminar cuando la conductora, a quien se le había endurecido el gesto, contestó.
- No, no he sabido nada de él.

Bajó la cabeza, abandonó el coche y cerró con suavidad la puerta. Este partió enseguida. Se sintió mal preguntando, pero la respuesta aclaraba muchas cosas. Creaba también una nueva incertidumbre acompañada de muchas nuevas cuestionantes.

A penas dos minutos después, dobló a la esquina el pequeño auto negro de su familia. Cuando se detuvo en el semáforo subieron y el auto volvió a arrancar. Aparcaron en una bomba de bencina a pocas cuadras, donde todos se bajaron, intercambiaron abrazos silenciosos y un fajo de billetes que la madre dejó en el bolsillo de Javiera durante el gesto.

- Cuídense mucho y avísennos cuando estén a salvo. - su madre hacía un gran esfuerzo por no llorar y eso le partía el alma- nosotros estaremos bien, pero si algo nos pasa, tu tía sabrá como avisarles. Las amo mucho, no lo olviden.
- Chao, las quiero. - dijo su papá dándoles otro abrazo y un beso en la frente a cada una. Era probablemente el gesto más expresivo que hubiera tenido con ellas hasta entonces.

Ambas asintieron, Caty seguramente asumiendo el contenido de sus palabras sin preguntar para no preocuparlos, se subieron a la parte delantera del auto con Javiera al volante y se fueron, dejando atrás a sus padres inmóviles y desolados en la bencinera, quizás para siempre.

El viaje a Argentina por el paso no controlado fue largo, silencioso y tenso. Sentía sobre la nuca permanentemente la sensación de estar siendo vigilada y la incertidumbre de no saber qué le esperaba le tenía un nudo en el estómago. Cuando llegaron a Mendoza la sensación desapareció de a poco. Ahí logró abastecerse de combustible y alimentos, pasaron la noche en un hostel sin registro y reanudaron viaje a la mañana siguiente. Se sabía que Mendoza estaba lleno de informantes que querían "proteger el nuevo orden". Ya era demasiado riesgoso andar con la patente chilena, que taparon provisoriamente por la noche.

En Rosario las esperaba Sara, amiga liberal de Javiera desde los años de universidad. Iniciada la dictadura habían acordado planes de salvataje para cuando fuera necesario huir. Tenía la dirección y las indicaciones para llegar, pero no había querido avisarle por miedo a que leyeran su mensaje. En cuanto le abrió la puerta, Javiera sintió por primera vez como el mundo se le venía encima y se lanzó

a abrazarla, llorando. Sara, algo confundida al principio, le devolvió el abrazo mientras le acariciaba el cabello y las dejaba pasar a ambas. Sentadas en la sala cuando logró calmarse, Sara las miró con seriedad y supo que se venían malas noticias.

- ¿Cómo llegaron?
- Mis padres me dieron el auto y algo de dinero. Tomamos el paso no controlado por la quinta, paramos por la noche en Mendoza y seguimos en el mismo auto hasta acá.
- Ya veo. - La mirada de Sara se endureció aún más. - Marcos me avisó que huía con su primo por la misma vía hace unas semanas. Nunca llegó.

*Manejaba rápido pero prudente. Habían abandonado la ciudad en sigilo hace unas horas, contándole solo a sus padres, pero no tardaría en correrse la voz y la policía secreta no dudaría en seguirlos. Su rol activo en la oposición ya le tenía la soga al cuello y si lograban capturarlo, no saldría con vida. O al menos, no cuerdo. Una vez fuera de la ciudad, habían escrito a Sara para que los recibiera, dudando si sería eso o la ignorancia lo más prudente. Cuando a 3000 metros de altura, en un tramo de curvas cerradas, apareció un auto que cortaba el paso atravesado en el camino, supo que había sido un error. Alcanzó a frenar a penas, mientras del otro auto se bajaban revolucionarios armados. Trató, desesperado de meter reversa, pero antes de dar la vuelta por completo, aparecieron dos vehículos más por donde venía. Miró a su primo con pánico, que puso su mano sobre la de él en la palanca de cambios. Sus miradas fueron un asentimiento. Perpendicular al camino, siguió metiendo reversa y aceleró. Mientras caían al precipicio, sintió un atisbo de victoria.*

Javiera volvió a sentir el nudo en el estómago. Sintió también náuseas, dolor en todo el cuerpo y su vista se oscureció. En el fondo guardaba la esperanza de encontrarse con él ahí, pero ahora caía sobre ella la desolación de haber dejado todo atrás para no volver a recuperarlo nunca.

Irónicamente, ahora que volvía a ser libre, se sentía más presa que nunca.

**Rose Kate**